

"La primera incursión en el thriller de uno de los grandes autores de la cf mundial. Una escalofriante historia que te pondrá los pelos de punta."

Greg Bear

Líneas muertas



UNA NOVELA SOBRE LA VIDA... DESPUÉS DE LA MUERTE

Durante los dos últimos años, Peter Russell ha llorado la muerte de una de sus dos hijas gemelas, asesinada cuando contaba solo diez años. Divorciado, deprimido y con una carrera sin rumbo, Peter teme que su vida se esté yendo por el desagüe. Entonces aparece Trans, una maravilla creada por una pujante compañía de telecomunicaciones: un dispositivo de comunicación elegante, portátil e interpersonal capaz de funcionar a la perfección en cualquier parte del mundo, en cualquier momento. Transmite con claridad cristalina a través de un ancho de banda recién descubierto y por tanto virgen, capaz de provocar una nueva revolución tecnológica. Cuando su creador ofrece a Peter un puesto en su equipo todo parece ponerse de cara... de no ser por su incipiente caída en la locura.

Para:

J. Sheridan Le Fanu.

Henry James.

M. R. James.

Arthur Machen.

H. P. Lovecraft.

Shirley Jackson.

Fritz Leiber.

Richard Matheson.

Kingsley Amis.

Peter Straub.

Bruce Joel Rubin.

Ramsey Campbell.

Dean Koontz.

Stephen King.

Tipos terroríficos, todos ellos.

Un fantasma es un papel sin actor.

Los fantasmas son como las películas: la historia sigue, pero ya no queda nadie para verla. Como la piel muerta, en circunstancias normales un fantasma permanece lo suficiente para proteger la carne vulnerable de los vivos.

Es frecuente que algunas personas nazcan sin nada dentro o que pierdan lo poco que tienen: son fantasmas vivientes. Y cuando mueren, en ocasiones antes incluso de morir, se abre una fisura que da paso a la oscuridad.

Todos estábamos allí, en aquella ciudad que vive de la manufactura de fantasmas. Estábamos allí cuando un hombre comenzó a permitir la libre comunicación. Y allí estamos ahora, tristes muñecas hechas de polvo.

Amigos, si supierais la verdad, si fuerais lo bastante listos como para preocuparos... Puede que ahora escuchéis, aunque nunca antes lo hayáis hecho.

Pronto os uniréis a nosotros.

Sois los siguientes.

1

«Paul ha muerto. Llama a casa».

Peter Russell, grueso y de cabello canoso, se quedó parado en la acera mirando con ojos entrecerrados el mensaje de texto en su teléfono móvil, apenas visible por el sol vespertino en Ventura Boulevard.

Se acomodó las gafas redondas sobre los ojos pequeños y vivos, y se acercó el aparato para ver la pantalla con mayor claridad.

«Paul ha muerto». Por un momento recordó su juventud, cuando durante toda una semana creyó sinceramente que Paul había muerto: Paul McCartney. I am the Walrus. Pero había leído mal las letras cuadradas del teléfono. El verdadero mensaje era «Phil ha muerto».

Aquello lo perturbó. Solo conocía a un Phil. No había hablado con Phil Richards desde hacía un mes, pero se negaba a creer que el mensaje se refiriera a su mejor amigo desde hacía treinta y cinco años, al más amable, más frágil y, sin duda, más talentoso de los Dos P. No podía referirse al Phil del Grand Taiga de diez metros, guardián de los eternos planes para la Mayor Escapada-Acampada para Viejos Chochos del Mundo.

Por favor, ese Phil no.

Dudó antes de pulsar el botón para responder a la llamada. ¿Y si era una broma, una especie de *spam* para móviles?

Peter conducía un viejo Porsche 356C Coupé que en sus tiempos había sido rojo brillante, pero que ahora mostraba un tono similar al del ladrillo seco. Tanteó buscando la llave y casi dejó caer el teléfono antes de lograr abrir la puerta. No podía ser más inoportuno, tenía una cita muy importante. Enfadado, pulsó el botón. El número se desplegó con pitidos musicales. Reconoció la voz de Carla Wyss, a la que no había oído desde hacía años. Sonaba nerviosa, y un poco culpable.

—Peter, acabo de estar en tu casa. Cogí la llave de la campana y pasé. Había una nota. Dios mío, no quería fisgar. Es de una tal Lydia. —Lydia era la exmujer de Phil—. Pensé que debías saberlo cuanto antes.

Peter le había mostrado a Carla, tras una noche de pasión vengativa, el secreto de la campana Soleri de bronce que colgaba en el exterior de su puerta principal. Ahora, descompuesta, Carla se estaba tomando un sándwich y una cerveza de su nevera. Esperaba que no lo molestara.

—Mi casa es su casa —respondió Peter, más allá de la irritación. La lengua le cubría el pequeño espacio entre los incisivos superiores—. Dime.

La voz de ella era vacilante.

—Muy bien. La nota dice: «Querido Peter, Phil ha muerto. Tuvo un infarto cerebral o un ataque al corazón, no están seguros. Will te dará los detalles». Está firmada con gran pulcritud. —Tomó aliento—. ¿No era también escritor? Me parece que lo conocí aquí, en tu casa.

—Sí. —Peter se apretó los ojos con los dedos, bloqueando la luz cegadora. Lydia llevaba varios años viviendo en Burbank. Al parecer había ido visitando a los amigos de Phil en Los Ángeles. Carla seguía divagando, diciendo que Lydia había empleado una pluma estilográfica, una hoja plegada de papel hecho a mano, una cinta negra de satén y cinta adhesiva transparente.

A Lydia nunca le habían gustado los teléfonos.

Phil está muerto.

Treinta y cinco años de sueños infantiles y planes hasta altas horas de la madrugada, de charlas en el patio trasero, sentados en butacas de mimbre, en la hierba entre los juníperos. De imaginar historias, de soñar con escribir, de hacer grandes planes. Phil visitaba de forma interesada los decorados de las películas de Peter y las sesiones de fotos, pero también lo ayudaba a transportar sus pesadas e invendibles esculturas de alambre al vertedero, en la caja de la vieja camioneta Ford que se dejaban el uno al otro.

Aunque para desgracia de Phil solo se intercambiaban la camioneta, no las mujeres.

El pequeño y delgado Phil, con el pelo corto y duro, que sonreía con tanta dulzura cada vez que veía a una chica desnuda; que ansiaba el sexo femenino con tan torpe devoción.

—¿Estás bien, Peter? —preguntó Carla desde la distancia.

—Un ataque al corazón —repitió Peter, y llevó de nuevo el micrófono del teléfono a la boca.

—O un infarto cerebral, no están seguros. Es una nota muy bonita, de verdad. Lo siento tanto...

Visualizó a Carla en su casa, clavada en sus perpetuos treinta y muchos, toda piernas, vestida con unos pantalones de ciclista y una resplandeciente camisa blanca de hombre remangada y con las puntas abiertas para mostrar su vientre terso y liso.

—Gracias, Carla. Será mejor que te vayas antes de que llegue Helen —dijo Peter, no sin amabilidad.

—Dejo la llave en la campana —aseguró Carla—. Y Peter, he estado mirando tus archivos. ¿Tienes algunas fotos mías que puedas dejarme? Tengo agente nuevo, un buen tipo, bastante listo, y quiere montar un book. Puede que me salga un anuncio de tarjetas de crédito.

Todos los agentes de Carla habían sido buenos tipos, y bastante listos; todos ellos la habían jodido en todos los sentidos, pero ella nunca aprendía.

—Miraré —dijo Peter, aunque tenía más que serias dudas de que sirviera de algo.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Sí, lo sabía, y sabía también su olor, su tacto. Con una oleada de culpabilidad indefinida se sentó en el viejo asiento del coche, muy caluroso, con la puerta medio abierta y una pierna fuera. El cuero expuesto al sol le calentaba los testículos. Un Lexus de color crema zumbó a su lado y tocó el claxon. Peter metió la pierna, cerró la puerta y bajó la ventana cuanto le era posible, aproximadamente la mitad de su recorrido. El sudor le caía por el cuello. Tenía que estar en Malibú, presentable, dentro de una hora. Su rostro ancho se arrugó sobre la barba corta, salpicada de canas.

Peter tenía cincuenta y ocho años y no podía permitirse diez minutos para llorar a su mejor amigo. Se escudó con una mano los ojos frente al sol y el tráfico.

—Joder, Phil —dijo.

Arrancó el coche y tomó las carreteras que lo condujeron a su casa de los años cincuenta, cuadrada y de cubierta plana, en las colinas Glendale. Para cuando llegó Carla ya se había ido, y había solo un leve aroma a gardenias en el aire cálido y tranquilo del patio. Helen se retrasaba, o puede que directamente no fuera a ir (él nunca podía estar seguro de cuáles serían sus planes), así que se dio una ducha rápida. No tardó en oler a jabón y a piel limpia, y en ponerse una camisa hawaiana azul y roja. Cogió su mejor maletín, uno de cuero marrón, y atravesó las viejas puertas francesas. Los jazmines que trepaban por la celosía de madera habían echado ya algunas flores. Su dulzor se enroscaba con las gardenias de Carla.

Peter se quedó de pie un rato sobre las baldosas rojas y miró a través del enrejado de madera, hacia el cielo azul y brillante. Apoyó el codo contra un poste tosco, descolorido por el sol, pues le costaba respirar: la vieja ansiedad que siempre lo acompañaba en los lugares estrechos, en las esquinas y en las sombras, cuando los acontecimientos esca-

paban a su control o a su capacidad para escapar de ellos. Pasó un minuto. Dos. Su respiración se calmó. Inspiró profundamente y se presionó el interior de la muñeca con dos dedos para comprobar el pulso. El latido era normal. La molestia detrás de sus costillas se deshizo con una sólida presión de los dedos bajo el borde del esternón. Nunca le había preguntado a ningún doctor por qué funcionaba aquello, pero servía.

Se limpió la cara con una toallita de papel antes de escribir a Helen una nota en el pizarrín sucio que había clavado bajo la campana Soleri. Buscó en el barril de petróleo que le servía como armarito exterior montado sobre dos caballetes altos, y sacó una chaqueta ligera de seda *beige*, la única que tenía, comprada hacía seis años en una tienda barata. La olió. No estaba demasiado mustia, le valdría para otro verano a punto de convertirse en otoño.

Peter dejó que el viejo Porsche rodara libre fuera del garaje. El ronroneo del motor se convirtió en un suave zumbido cuando metió la primera con la larga palanca de pomo de madera.

Lo último que había sabido era que Phil estaba recorriendo el norte de California, tratando de desbloquear una novela. No se veían desde hacía varios meses. Trató de pensar en por qué los amigos no mantienen el contacto de forma semanal, o incluso diaria. Algunos de sus momentos más brillantes los había tenido con Phil; Phil podía iluminar una estancia cuando lo deseaba.

Peter se frotó un ojo y miró el nudillo seco. Quizás aquella noche. Pero era posible que Helen le dejara a Lindsey, y si empezaba a llorar con Lindsey por allí, podría reabrirse una herida que ni siquiera podía permitirse tocar.

La insensibilidad se aposentó en su interior. Condujo hacia el océano, hacia Salamambo, hacia la finca de Joseph Adrian Benoliel.

2

La puesta de sol más allá de las colinas y de las aguas era espectacular en su suciedad: cielo lapislázuli, el sol un diamante amarillo que flotaba sobre la línea gris del mar, apagado por una cinta marrón de contaminación. Peter Russell avanzaba en segunda velocidad entre hileras de palmeras, eucaliptos y greens de golf. La casa Flaubert proyectaba una sombra larga y fresca sobre el camino de entrada. Los grillos comenzaban a interpretar sus canciones.

Salamambo cubría ocho hectáreas de las más codiciadas zonas altas de Malibú. Había sobrevivido a incendios, terremotos, corrimientos de tierras, la Gran Depresión, el declive de la carrera de dos estrellas de cine y el desarrollo urbanístico. En los más de treinta años que llevaba Peter en Los Ángeles y el valle, nunca se había encontrado con nada así: dos enormes y extrañas mansiones muy separadas y fuera de su mutua vista, con perspectivas de Carbon Beach a través de la falda de las colinas y de los valles cubiertos de creosota y artemisa.

Allí estaban las ilusiones en su máxima expresión: la fantasía de que la paz puede comprarse, de que el poder preserva, de que el tiempo pasará de largo sin afectar a las cosas más preciosas, a saber: la excentricidad, el estilo y todas las paredes que el dinero pueda pagar. La vida sigue, decía Salamambo con sublime confianza, especialmente para los ricos. Pero la historia de la hacienda no era tan reconfortante.

Salamambo era la visión que un nuevo rico tendría del Cielo: muchas mansiones «construidas para el Señor». El señor en este caso había muerto en 1946: Lordy Trenton (no era un verdadero lord, sino un actor de comedias mudas) había surgido de la nada en las Catskill para desarrollar una carrera de doce años que lo puso al lado de gente como Chaplin, Keaton y Lloyd. La popularidad de su personaje (un aristócrata borracho, básicamente decente pero propenso a causar enormes problemas) había decaído aun antes de la llegada de la Depresión. Trenton dejó la interpretación cuando la ganancia todavía podía ser grande. Uno de los grandes, para ser exactos, que fue el precio por el que vendió en 1937 los derechos de todas sus películas.

Durante la Depresión, Lordy había invertido en equipo de sonido para películas y había hecho mucho dinero. A mediados de los treinta construyó la casa Flaubert, antes de empezar a erigir lo que algunos críticos arquitectónicos de la época denominaban el «Jesús Lloró». Los amigos de Trenton lo llamaban «la Misión». La Misión constaba de una enorme entrada circular bajo una cúpula decorada con azulejo árabe, altos techos abovedados, dormitorios decorados con hierro forjado y roble oscuro, un austero refectorio que podía albergar a un centenar de personas y un salón de más de doscientos metros cuadrados. Aquello se llevó gran parte de su fortuna.

A mediados de los cuarenta, asediado por visiones de una invasión japonesa de California, Lordy conectó la casa Flaubert y la Misión con una vía subterránea de cuatrocientos metros, equipada con refugio antiaéreo. Luego decoró aquel túnel de piedra y ladrillo enlucido con una galería de óleos europeos del siglo XIX. Al mismo tiempo comenzó su relación con Emily Gaumont, una joven y atribulada artista, y en ocasiones actriz. Tras su matrimonio en 1944, ella pasó su último año pintando de forma obsesiva retratos de tamaño natural de Lordy y de muchos de sus amigos... caracterizados como payasos.

En 1945, durante una fiesta, un incendio en el túnel mató a Emily y a diez visitantes, además de destruir el tranvía. Cuatro de los muertos, entre ellos Emily, o así dice la leyenda, estaban quemados más allá de toda posibilidad de identificación.

Un año más tarde, solo y acuciado por las demandas, Trenton murió de envenenamiento alcohólico agudo.

El siguiente dueño, un magnate de los grandes almacenes llamado Greel, de casi setenta años, se hizo cargo de una joven señorita, supuestamente de descendencia criolla francesa. Para agradarla se gastó un millón de dólares para completar la Misión con el estilo del gótico de Luisiana, mezclando los dos ambientes hasta lograr un efecto enervante. El nombre «Jesús Lloró» quedó consagrado.

Greel se suicidó en 1949.

En 1950, la hacienda fue adquirida por Francis Saint Claire, una «rubia Hitchcock». Vetada por los estudios, su carrera arruinada por las acusaciones de simpatías izquierdistas, Saint Claire se había casado con un inteligente vividor llamado Mortimer Sykes. Sykes, rompiendo todos los estereotipos, invirtió sabiamente el dinero de su mujer y la mimó sin medida. En 1955 construyeron la tercera y última mansión de Salamambo, la moderna Cuatro Acantilados, de estilo Bauhaus. En 1957, justo seis meses antes de la muerte de Saint Claire por un cáncer de pulmón, unos eucaliptos se incendiaron. Las llamas se extendieron a dos de las mansiones. Cuatro Acantilados ardió hasta los cimientos. La mayor parte de «Jesús Lloró» sobrevivió, pero el refectorio estaba en ruinas. La investigación policial apuntaba a un fuego provocado, pero varios amigos bien situados lograron acallar cualquier pesquisa posterior, y sugirieron que ya había habido desgracias suficientes en Salamambo.

En 1958, Sykes puso la hacienda a la venta y se mudó a Las Vegas. Era un hombre acabado y acosado por las deudas, y trató de pedir dinero prestado a la gente equivoca-

da. Dos años después, unos paseantes descubrieron su cuerpo en una fosa poco profunda en el desierto.

El lugar permaneció deshabitado durante cinco años. En 1963, Joseph Adrian Benoliel se convirtió en el nuevo dueño de Salamambo. Joseph, solterón de vocación, había hecho fortuna produciendo películas playeras y administrando una cadena de franquicias inmobiliarias.

Y entre 1970 y 1983, había financiado en secreto cuatro de las películas eróticas de Peter, llenas de desnudos pero sin sexo explícito.

Peter estacionó el coche, salió y se puso la chaqueta. Era ancho de hombros y llevaba bien la incipiente barriga, pero empezaba a parecerse más a un guardaespaldas avejentado que a un artista. En cualquier caso, a los Benoliel les daba igual.

Llamó con el pomo de bronce sobre la placa montada en la inmensa puerta de roble. Un hombre joven con el pelo moreno y corto, vestido con un jersey azul grande y unos pantalones *beige*, abrió la puerta, lo miró de arriba abajo y le ofreció algo, como si estuviera dando una limosna a un pobre. Peter no lo conocía de nada.

—Tenga, parece que el señor Benoliel no lo quiere —dijo el joven con un tono entrecortado de decepción británica—. Son gratis. ¿Quién es usted? —Puso un ovoide de plástico negro en la mano de Peter y dio un paso atrás para dejarle entrar.

—Es Peter —dijo Joseph—. Déjelo en paz. —Se acercó a la entrada con el persistente golpeteo de su bastón con punta de goma, moviéndose rápido para ser un hombre cojo—. Odio esas mierdas. —No sonaba enfadado. De hecho, sonreía a Peter con muy buen humor. Tenía poco más de setenta años y el cuerpo de un jugador de fútbol americano que ha engordado y se ha sometido a una dieta; la carne de los brazos colgaba fofa bajo las mangas cortas de

su camiseta amarilla de golf. Unas piernas zambas, debilitadas por la diabetes, sobresalían de los pantalones cortos, negros y abolsados. Su encrespado pelo corto llevaba muchos años cubierto de canas—. No soporto que se pongan a sonar en los restaurantes. La gente no puede dejar de hablar ni cuando conduce. Siempre tienen que estar conectados, como si se fueran a morir si dejaran de hablar. Ya hay demasiada cháchara en el mundo. —Hizo con la mano un gesto entre la concesión de permiso y el rechazo irritado—. Si coges ese maldito chisme, apágalo mientras estés aquí.

—No se apagan —le explicó el joven a Peter, acercándose a él. Sus grandes ojos azules valoraban el carácter del recién llegado y el tamaño de su cartera—. Pero puede bajar el volumen del timbre.

Peter sonrió como si estuviera escuchando un chiste.

—¿Qué es? —preguntó.

—Cháchara gratis —dijo Joseph—. Pero no funciona. ¿Dónde está Mishie?

—Me dijo que abriera la puerta —respondió el joven.

—Pero si Peter tiene llave, demonios. ¡Mishie!

El joven miró a Peter con un nuevo aunque inseguro respeto.

Mishie (Michelle) apareció por el pasillo que conducía a la sala de dibujo.

—Aquí estoy. —Sonrió a Peter y pasó un brazo por el de Joseph—. Es la hora de darle los cacahuetes a su señoría —anunció con una sonrisa teatral—. Ven, cariño.

Joseph miró sombrío el pequeño ascensor a la izquierda del largo tramo de escaleras, como si allí lo esperara la muerte.

—No me dejes solo con ella, Peter —dijo.

—Los dos jovencitos que esperen en la sala de dibujo —instruyó Michelle con gazmoñería—. Bajamos en un segundo.

—Pero si ya estoy abajo —protestó Joseph—. Si hay algo que odio son los cacahuetes. —Mientras pasaba a su la-

do, dio unos golpecitos a Peter en el brazo.

—Buena pareja —dijo el joven mientras se sentaban en una alcoba que daba al jardín oeste. Los melancólicos restos del día se apagaban sobre los acantilados y el océano—. Estaban de broma, ¿no?

—Eso creo. Soy Peter Russell.

—Stanley Weinstein.

Se estiraron desde sus respectivas sillas para darse la mano. Las sillas en toda la casa Flaubert siempre se colocaban muy separadas las unas de las otras.

—¿Está buscando una inversión? —preguntó Peter.

—Un inversor —lo corrigió Weinstein—. Un millón de dólares, mínimo. Una miseria para financiar una revolución.

—¿Telecomunicaciones?

Weinstein se encogió.

—Evitemos esa palabra, por favor.

Peter puso el ovoide de plástico frente a sus ojos y lo giró hasta que encontró una junta, que trató de abrir con el pulgar. No cedía.

—Si no es un teléfono, ¿qué es?

—Nosotros lo llamamos Trans —dijo Weinstein—. T-R-A-N-S, plural también Trans. Si inviertes un poco, te dejamos uno para que lo uses. Si inviertes mucho, te damos más para que se los des a tus amigos. Muy chic, tecnología extraordinaria, en el mercado no hay nada parecido. ¿Nota el peso? Pura calidad.

—Se parece a un teléfono móvil —dijo Peter—, pero no lo es.

—Caliente —concedió Weinstein con una inclinación de la cabeza—. Los dejamos gratis hasta el año que viene. Entonces los lanzaremos al público y abriremos tiendas en todos los centros comerciales del mundo.

—¿Joseph no quiere invertir? —preguntó Peter.

Weinstein se encogió de hombros.